

del Correo. . . . á tantos otros que se tragan esos pozos llamados redacciones ú oficinas?

Tener dicho dinero, claro está: y á tenerlo, de cierto que lo haría.

Pero entretanto (este entretanto quiere decir entre mucho), no tenemos una publicación literaria de importancia, ni un saloncito en donde hablar de arte. Casi ni amigos tenemos.

Por fortuna, el mozo acaba de traerme el *Correo de San Luis*, correspondiente al domingo último. Suelo consolarme leyendo esos Correos dominicales.



EL BEATO CALASANZ.

EL BEATO CALASANZ es un poema que Justo Sierra nos leyó el sábado pasado. El poeta de las grandes metáforas que abren sus alas de plumaje espléndido sobre los picos más altos de la nieve eterna; el poeta de las tristezas hondas, ocultas á los ojos de la gente profana, pero no á la contemplación de los iniciados en los divinos misterios; el que suele oficiar, ante concurso numeroso de creyentes y discípulos, en catacumbas cuyos nichos de mármol guardan reliquias de fe muerta y en cuyas lámparas débilmente oscilan verdes flámulas de esperanza; nos da el BEATO CALASANZ un drama parecido, en lo profundo de la idea y en la arrogante hermosura de la forma, á algunos de esos «DRAMAS FILOSOFICOS» de Renán, que son acaso las urnas de alabastro en que el arte moderno ha conservado el más precioso licor del arte antiguo.

El BEATO CALASANZ se parece á éstos, no porque haya similitud de traza, parentesco de argumentos entre el poema de Justo y algún «Drama» de Renán, sino porque una cadena áurea, como la en que eslabonaba Aquino las verdades teológicas, eslabona las bellezas, y de la contemplación de una nos lleva, por el recuerdo, á la contemplación de otra. Así al oír á Sierra recordaba la *Abadesa de Tonarre*, y no porque el pensamiento filosófico de nuestro egregio poeta sea hermano del de Renán, sino porque la poesía de EL BEATO como la prosa poética de los DRAMAS FILOSOFICOS es la hermosa viuda de un esposo divino, la gran Triste de luctuosas tocas

que vaga con su lámpara en la mano, de planeta muerto en planeta muerto, buscando un altar, un ara en que dejarla.

Hay un ángel «en medio de la sombra» de esos Tobías que construyen, á tientas, sepulcros como el de *San Pablo*, ó que se echan sobre los ojos la capucha del *Beato Calasanz* para ocultar la dantesca palidez de sus semblantes. Es ciega la fe de ellos; pero no como la virtud teológica; es ciega porque no ve la divinidad que siente. Les guía la Caridad como Cordelia guiaba al rey Lear, y después de cruzar por muchos círculos de tinieblas, causados, desfallecidos, se preguntan:

—Pues qué, ¿no estaba en el amor humano nuestro punto de reposo? ¿No era él la cisterna ó no era la escanciadora aquella mujer de Samaria? Fausto, ¿la verdad no se llama Margarita? ¿Por qué ¡oh Dante! quemó tus ojos y tu cara el resplandor rojo del infierno, antes de que encontraras á Beatriz? Y esa tristeza del amor mortal perdido para siempre, aflige á los que buscaron lo inmortal y no supieron ó no pudieron encontrarlo. Esa tristeza rebosan la *Abadesa de Tonarre* y el *Beato Calasanz*.

Habitaba en remotos días un humilde pueblo de la India un fakir, sabio y santo, llamado Valmiki. Desde púber puso todo su empeño en domar y vencer las concupiscencias de la carne, y en la abstinencia y en la maceración purificábase para entrar, vivo todavía, en la paz del Niruana. Empero, á fuerza de leer y meditar, aquel justo varón se cercioró de que su esperanza era mentida y de que Buddha no era Dios. Y tan viva fué entonces su congoja que movió á compasión á cuantos le querían; y muchos eran, incontables casi, porque la mansedumbre y la piedad, la gracia y suma alteza de aquel hombre habíanle hecho padre, más que maestro, de los que le oían.

Viva fué su congoja, mas no por el desencanto que sufrió, hubo de darse á los goces sensuales, pues, si tal hubiera hecho, habrían imaginado, que por disfrutarlos renegaba de sus doctrinas y creencias. Sí se echó de ver que en sus escritos y discursos habló desde aquel entonces con ternura y amor de la mujer; á tal punto que una hermosa viuda de treinta años, adivinando las recónditas inquietudes de Valmiki, se propuso calmarlas consolándole.

María—así se llamaba,—reflexionó de esta manera:—Deplora el no habernos conocido, y sea por timidez, ó sea porque no pueda dudar nadie de que en verdad está desengañado por la virtud de la

razón y no por seducciones de lujuria, persiste en su alejamiento de nosotras. Iré á buscarle y seré suya, sin que el mundo lo sepa ni adivine. Yo quiero ser su iniciadora. Y vestida de gasas y circuída de aromas, fué á Valmiki. Pero Valmiki no la quiso.

Por la ventana abierta de la estancia en que juntos estaban, descubriase el campo, y en él una pastora de quince años, rubia como el trigo y como rosa nueva, linda y fresca. El sabio, señalándola, dijo á la viuda María:

—Lo que, á ser posible, yo querría, es tener veinte años y ser amado de una muchacha como esa!

La juventud perdida, la vida irremisiblemente pasada, ¿no es eso lo que llora en un instante de trágico aniquilamiento el alma de Calasanz? En su desesperanza invoca al diablo, como Fausto; pero la salamandra no corusca, ni la ondina serpea, ni el silfo se esfuma, ni trabaja el gnomo, ni á la luz del áscua, tres veces incandescente, Satán surge. La noche viste de luto por el diablo.

El drama humano es en CALASANZ más terrible é insoluble que en el poema de Goëthe. Lo maravilloso no puede en él intervenir; no puede dar ni la realidad del pecado. Impasible está el cielo azul; mudo el abismo de la eterna tiniebla. Pero en medio de esa NADA y al ritmo de ese NUNCA, NUNCA, NUNCA, anotado por el poeta en verso que parece de cábala, la fe, como una procelaria, lanza al vacío su último grito: ¡YO CREO EN TI, DIOS MIO!

Sugestivo y hermoso es el poema de Justo. Aquel fraile se nos queda grabado en la memoria como cenobita de bajorelieve medioeval. Pero no tienen sus contornos la dureza de la piedra labrada con cincel; no está muerta ni es fría y áspera esa figura; más bien parece pintada por Rivera en un lienzo por cuyas porosidades ha entrado mucho incienso.

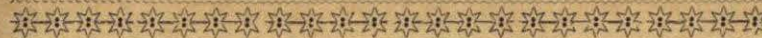
Quando el *Beato Calasanz* se publique, cuando la plena luz hiera ese hábito de parda estameña, esas carnes demacradas, en las que el cilicio enreda sargas hechas con gotas de sangre, será tiempo de examinar la obra del poeta y la ciencia del artista. A un grupo de privilegiados, el BEATO se nos apareció á la media noche—hora de los conjuros,—de un día de aparecidos: el sábado. Pero no lo vimos, á

la luz de un retablo, caminar por el claustro, ni salir de entre los pergaminos amontonados por monje predicador ó exégeta en los rincones de la celda: Pablo Macedo le invitó á su casa, y en ella se nos presentó. En aquel centro de elegancias y refinamientos de bienestar, oímos aquel tremendo despertar de un éxtasis. Poco antes, en el suntuoso comedor, saboreando ricos manjares y vinos contemporáneos del diablo que CALASANZ no pudo hallar, habíamos hablado alegremente de cosas serias y de cosas frívolas. Luego, á través de las pestañas rubias con que el Champagne suele velar la mirada, vimos á Justo abrir su cuaderno rojo y leer los admirables versos del poema. Al fin de cada cláusula sonora, y llena de idea, alzábase un murmullo de aprobación, la admiración se detenía á tomar resuello. «Empuja y abre las puertas de la antesala un soplo de poesía—decía Caro cuando Paul Deroulède leyó el *Moabita*.—Esas frases de entusiasmo que se condensan en una vocal dilatada, agrandada, producen el rumor de alas que se dividen y recogen para dar paso al poeta. Moisés pasa, á pie enjuto, en medio de las aguas.

Caía el verso, inflamado, como chorro de bronce derretido en el molde de la estatua.

* * *

Oímos aquella noche el murmullo de las palmas; ya había empezado el día diez de Nisan, el día de Ramos.



NUESTROS CRITICOS.

A menudo veo en los periódicos mexicanos criticas literarias, de lo que infero que hay aquí muchos aficionados á tal género; mas debo confesar ingenuamente que entre todas esas críticas no he encontrado una sola que lo sea en realidad.

No estamos divididos en bandos literarios, no giramos en sendas y diferentes círculos artísticos; en México no hay naturalistas ni idealistas irreconciliables, no hay más que *mochos* y *puros*. La división de siempre: aquí, *El Tiempo*; allí, *El Combate*.

Para el *mocho*, todo lo que producen los literatos y poetas liberales es, por fuerza, malo, pésimo. El liberal es algo menos apasionado; reconoce, á ocasiones, los méritos de los escritores reaccionarios; pero como es de ene, no puede prescindir de guardarles algo de inquina y reconcomio; hace memoria de las malas pasadas que le han jugado, observa el despejo y desdén con que lo miran, y aunque quiera ser imparcial no puede serlo. De aquí que nuestra literatura no progresa, no hay cambio de buenas cualidades entre los representantes de la escuela antigua y los representantes de la escuela moderna: por una parte mucha tiranía; por otra, excesiva libertad; en ambas, supino odio; y como resultado, dos grupos literarios *echados*, viéndose con ira, como dos perros de pasta.

El *mocho* cree que Dios le dió en feudo la gramática, es un escritor correcto por derecho divino. El *puro* considera que su heredad es la inspiración: Juárez lo nombró depositario *in integrum* del sa-

cro fuego. Y *mocho* y *puro* están trascordados; porque hay escritores muy católicos, muy imperialistas y hasta muy obispos, que escriben sin sintaxis, sin prosodia y sin ortografía, así como hay poetas capaces de ser *inmaculados* en otra peregrinación á Paso del Norte, pero que no tienen pizca de estro. Eso sí: *mochos* y *pueros* se encariñan mucho con el papel que ellos mismos se dan. Al poeta *iturbidista* le parecería un pecado, y pecado mortal, tener inspiración. El poeta *juarista* consideraría como una defección suya, como una traición á su partido, escribir con arreglo á la gramática. Unos toman á gracia el estar siempre muy resecos; otros, el estar siempre chorreando agua. Y de todo resulta que aquí no se traba lucha entre clásicos y románticos, entre realistas é idealistas; aquí no hay más que dos literaturas en campaña: la literatura *juarista* y la literatura *iturbidista*.

Esto de involucrar la política y las letras es superlativamente tonto: mas ya que de tal modo se ha partido la arena, he de hablar alguna vez de las literaturas *iturbidista*, *santanista*, *miramoncista*, *zuloaguista* y *maximilianista*, etc.

Lo que ahora me propongo es hablar de los críticos.

De presumirse es que entre los depositarios de la verdad y de la gramática estén los críticos serios. En el grupo de liberales, heterodoxos, de indisciplinados, estarán los poetas, los entusiastas: la crítica atañe al gremio de los que no se entusiasman, de los que, por razón de oficio, saben mucho latín y han leído á los místicos españoles, que son maestros de la lengua. ¿Cuál es el crítico entre los literatos *iturbidistas*?

A la verdad, no le conozco. Acaso existe, pero no sale á la calle. Entre algunos de esos escritores *iturbidistas*, la manía dominante es la de zaherir á Guillermo Prieto y á Justo Sierra. Los traen á colación con cualquier pretexto; son sus dos sombras enemigas. Para ese pseudo-crítico, Prieto es el reformista aborrecido, el amigo y compañero de Juárez, y sobre Prieto y sobre todo lo suyo, lanza el anatema. Y solamente he citado al patriarca de nuestra poesía, porque con decir que un crítico no encuentra en él inspiración, entusiasmo, y donaire y frescura, para describir tipos, escenas nacionales, basta para demostrar que no es tal crítico.

El estilo de Prieto es como él: lleva el sombrero ladeado, la corbata suelta, el chaleco á medio abotonar, el levitón hecho «ludibrio del viento» y el paliacate saliéndose acalorado, abochornado, de la

bolsa. El estilo de otros que presumen de clásicos es una levita, no mal ni bien cortada, una levita hecha, una levita como hay muchas. Pero dentro del traje desbarajustado de Guillermo Prieto, va un hombre, una positiva genialidad literaria; dentro de la levita á que aludí, no hay nada: está colgada en el perchero, ó en un manequí de la «Bella Jardinera», aguardando á que alguno la compre y se la ponga.

¡Cuánta gracia hay en Prieto! ¡Cuánta soltura! ¡Cuánta inspiración! Este hijo travieso y desobediente de la literatura es su hijo mimado. Muchas veces no sabe de memoria su lección, no la ha repasado, no la ha leído tal vez; pero ¿qué importa? ¡El la inventa! No sabrá tanta gramática como un dómine de seminario; pero sabe mucho más estética que todos sus enemigos juntos. A él le faltarán comas y acentos; á ellos les faltan imágenes é ideas.

Justo Sierra es acaso en México el cultivador más honrado de la heredad intelectual. Su pensamiento vuela; su corazón está abierto para todo lo noble; jamás hiere su palabra; nunca es él irrespetuoso con las creencias de otros; y á este Justo que merece llamarse así, le atacan con saña inexplicable ciertos escritores *iturbidistas*. ¿Por qué? Porque entre los depositarios de la verdad y de la gramática, no hay críticos. No hay más que enemigos irreconciliables de los liberales.

Los liberales tampoco tenemos un verdadero crítico; y no porque falten entre nosotros personas muy capaces de ejercer la crítica, sino porque éstas no quieren, y con sobradísima justicia, buscarse enemistades y quebraderos de cabeza. Altamirano, Riva Palacio, Justo Sierra y muchos otros, pueden hacer notables, trascendentales obras críticas, pero no quieren, porque no les conviene. Tienen que cultivar lo que llamaremos crítica retrospectiva. Así escribió Peredo su estudio sobre el Edipo y Altamirano su estudio sobre Medea. A los vivos . . . ¡nadie los mueva que estar no pueda con Orlando á prueba! Se publican de cuando en cuando artículos muy buenos sobre libros extranjeros; pero de los nuestros no se habla, si no es de aquellos que merecen elogio (el que, por lo común, siempre resulta exagerado), ó de otros que sin ser dignos de alabanza, la obtienen porque su autor es muy simpático, ó muy bueno, ó muy liberal, ó muy amigo.

Los *Ceros* de Riva Palacio, son deliciosos artículos humorísticos; los prólogos de Altamirano son notables y elegantísimos estudios sobre la poesía erótica, la poesía dramática, la poesía épica, etc.;

Justo Sierra, con toda la ciencia que cabe en él, ¡y cuidado si cabe! y con toda la poesía que Dios le dió, diserta admirablemente acerca de la historia y acerca del arte. Pancho Sosa ha prestado un eminente servicio á la literatura patria con sus discretas y sesudas biografías, y hasta se ha deslizado algunas veces en el campo de maniobras de la crítica militante. En el prólogo á las poesías del Padre Pagaza, D. Rafael Angel de la Peña nos da excelente muestra de sus profundos conocimientos en poesía latina; todos ellos podían ser críticos, y lo son en sus conversaciones, lo son *in pectore*; pero . . . no ejercen la profesión. La vivisección literaria no existe en México.



LA ORATORIA DE MATEOS.

Siempre que Juan Mateos desencadena uno de sus discursos en la Cámara, éste motiva pláticas y comentarios calurosos. Husmea la fugitiva «actualidad,» la sigue, la caza, la enreda en las hebras multicoloras de cierta oratoria particularísima, y sin hacer análisis del fenómeno social que atisba, engloba ideas que andan dispersas, flotantes, en determinado momento, para presentarlas después llenas de cintajos y doradas. Los discursos de mi buen amigo me hacen el efecto de una cabalgata histórica, de una mascarada, de un kaleidoscopio, de vistas disolventes, de linterna mágica, de función de títeres, de algo que no puedo cuajar en una sola frase, en forma distinta y claramente perfilada, porque la esencia de esas sensacionales peroratas es tornadiza, versátil, incoercible casi por lo difusa, incapaz de estarse quieta por lo saltarina. Allá cuando era niño estaban muy en moda ciertos muñecos de madera con patitas de cerda que se ponían sobre la tapa del piano, y á los que hacía danzar la más leve vibración del instrumento. Así retozan, brincan, bailan, repique-tean, castañetean pensamientos y figuras retóricas en las arengas de Mateos. Se asiste, oyéndolas, al pronunciamiento de una juguetería, á un remolino de naipes, á la epilepsia del azogue. El movimiento continuo tiene la palabra. Por ahí, entre esos muñecos que Mateos hace bailar, aparece un vejete ventruado y de nariz corva representando la época virreinal; una manola, un chulo de chillante faja, un fraile, un torero, un elefante, un César romano, soldaditos

de plomo, barcos de cartón. el diccionario se desborda, los cohetes serpean en el aire, Fígaro canta su serenata, Arlequín golpea á Pierrot, Pierrot á Colombina, llueve polvo de arroz, los cascabeles riñen, las palabras se atropellan, se descriman, se arañan, y de toda esta confusión de teatro que se incendia, salen unos descalabrados, otros sin reloj, todos aturdidos, y preguntándose al verse en salvo:—¿Qué pasó? Para hacer estos juegos malabares, para dar estos saltos mortales, para poner en movimiento tantos autómatas á la vez, se requiere especial habilidad, y Mateos la tiene superabundantemente.

¡Qué cabeza la suya para no desvanecerse en el columpio, para no marearse en el canal de la Mancha, ni en el ferrocarril Interoceánico! ¡Qué soltura para desprenderse de un trapecio y asir otro! Para sobresalir en este género de ejercicios se requiere no tenerle miedo á nada. Y á Mateos nada le intimida. Planta la isla de Santa Elena en el mar de la India; abre un balcón de las Tullerías en la noche de San Bartolomé; regala á Humboldt carabelas; convierte á Colón en Cortés, y á Carlos IV en Fernando VII, y su señorío en el mapa, en la historia, en todo, no conoce límites.

Pero de esas borrascas que llama él discursos, de esos nortes furibundos, sale siempre ilesa una hermosa criatura: la imaginación del autor. De repente se abre el período más enmarañado, más selvático, y parte deslumbrante fogonazo. La poesía dispara su saeta de oro; el humorismo muestra su faz de fauno; la metáfora, de plumaje esplendente, salta á manera de esas aves raras que suele hallar el explorador de un bosque virgen.

Mi querido amigo Juan Mateos no se enfadará conmigo, si reconociendo, como reconozco, su gran talento, estimo que él como orador parlamentario es un excelente autor de comedias de magia. La compañía de que dispone es muy numerosa; los telones que ha adquirido para su teatro, son de efecto sorprendente; el vestuario es riquísimo y las obras anunciadas en el cartel siempre son de palpitante actualidad. Su procedimiento es muy parecido al de Sardou. Éste dramaturgo lee mucho y muy atentamente la gacetilla de los diarios; descubre en ella un suceso ó una serie de sucesos que preocupan á la sociedad durante un mes, una semana, un día; observa qué curso sigue la corriente de la moda; y de ese hecho aislado ó de esa madeja de hechos, desprende un conflicto dramático que suele entrañar algún problema trascendente. Cuando por ahí Dios no le

da, persigue lo nuevo, lo extraordinario, lo fascinador; busca primero una actriz, después la viste ó desviste primorosamente, inventa, por último, decoraciones admirables, y, hecha ya la ensalada, pone el drama. En ningún caso se aísla del movimiento general; marcha de acuerdo con el calendario; sabe el día en que vive. Y en este «oportunismo» se parecen los dramas de Sardou á las óperas parlamentarias de mi amigo Mateos. No hay que exigir á este diputado precisión en las citas históricas; ejerce al pronunciar sus discursos ese derecho de violar que disfrutaban algunos señores feudales. Los anacronismos abundan en admirados y admirables dramas históricos. Ahí está todo el teatro de Víctor Hugo.

El Sr. Mateos tiene su Carlos IV como Tolsa tiene el suyo, y si el de Mateos resulta Fernando VII, el de Tolsa resulta un César. Lo importante para el diputado á quien aludo, es sacudir la atención amodorrada, dar la vuelta al mundo en ochenta frases de muchísimo aparato, y decir siempre algo que sea de interés vivo. En su defensa ó descargo puede bien decir que los hechos le conceden á menudo la razón. Presentó hace poco una iniciativa sobre divorcio, y hoy no se habla más que de matrimonios mal avenidos y de casados que quieren divorciarse. Hablaba el miércoles en la Cámara contra D. Antonio Cánovas del Castillo, y horas después caía en Madrid el gabinete Cánovas. La caricatura dice: ¡qué nariz la de Mateos! La Historia dirá:—¡Pero y qué olfato!

No es sacrilegio, cual pudiera creerse, el de traer á cuento la Historia, hablando de Mateos. Ésta le perdonará mucho porque mucho la ha amado y de todas las maneras posibles. Quien bien te quiera te hará llorar, dice el adagio.

Habrán tres historias: la historia antigua; la historia hecha por el Sr. Mateos con muchísima gracia; y la historia que hará la historia del Sr. Mateos. Ese género de elocuencia tan peculiar del orador que intenta desmontar á Carlos IV—no sé si para ponerlo en los cuernos de la luna cometiendo otro pleonasma,—esta elocuencia independiente de todo yugo, no se perderá esfumándose en los anales del parlamento mexicano. Observo su influencia, su luz refleja en muchos otros oradores. El Sr. Mateos es rico y pródigo; no cuida de cerrar sus arcas, y muchas frases de él se le han huído yéndose con otros. Él tiene el mérito innegable de la originalidad. Él es él.

No todos pueden jactarse de lo mismo.



RESTITUCIONES Y CASOS DE CONCIENCIA.

He leído en los periódicos, que acaba de presentarse en nuestro cielo un nuevo cometa, más rápido que su antecesor, y conocido con el nombre de Scheberle. Esta noticia me ha alarmado justamente. En el cuadro de los cometas levantado por Corneills de Pon, se dice que el choque de un cometa con el sol, ocasionará el fin del mundo en 2255. Pienso que en ese año no estaré probablemente en casa; pero me inquieta la idea de que un error de cálamo ó de imprenta nos haga vivir confiados estando ya en la víspera del gran porrazo. Todavía más: si nos libramos del cometa de Scheberle, mañana ó pasado vendrá otro que se encargue de darnos una broma. Arago sospechaba que había en el universo diez y siete millones de cometas. Arrepentido luego de esta gasconada, agrega que existen, sin exageración, quinientos mil. ¿Qué harán ahora —pregunta un periodista francés— los 449,998 que no vemos?

Repito que esto me conmueve. No quiero morir impenitente. Voy á arreglar mi conciencia y á gemir por mis culpas. Comencemos.

Algunos periodistas me han acusado recientemente de plagiarlo. Más aún: tengo entendido que cuatro ó cinco jóvenes han jurado con la mano puesta sobre el Evangelio, trabajar sin descanso hasta encontrar los escritos originales que he robado. Como ya hace algún tiempo que esos jóvenes andan trasconejados é impacientes por descubrir mis hurtos literarios, y todavía no encuentran piedras que arrojarne ni acusaciones que dirigirme, me veo obligado por mi ardiente caridad á serviles de auxilio poderoso confesando yo mismo

en voz alta mis pecados. *Nosce te ipsum*—dice el sabio. Como nadie puede tener mejores datos que yo para hablar de mí mismo, y como puedo ser todo lo duro é insolente que sea posible para hablar conmigo, confiado en que no hay desafío posible dadas estas condiciones, voy á vapulearme sin gracia ni misericordia en la siguiente forma:

Sr. D. MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

Te conozco desde hace mucho tiempo, y la intimidad en que vivimos me autoriza á decirte la verdad, que siempre amarga. Tus artículos y escritos no valen un comino; pero siempre es bien que los hombres te juzguen por tus obras y no por las ajenas. Precisa definir lo que escribiste y apuntar con esmero lo robado. Es una cuestión de límites tan seria como la de Guatemala. Sé de buena tinta que escribes trescientos sesenta y cinco artículos al año, cuando no es bisiesto. Pues bien, suponiendo, y ya es mucho suponer, que hayas robado sesenta y cinco al año, siempre quedarán trescientos más ó menos malos, pero tuyos. Yo repito que es una mera suposición; para robar con oportunidad sesenta y cinco artículos al año, se requiere un genio de adaptación maravilloso, una lectura variadísima y una buena biblioteca, cosas todas de que tú totalmente careces. No fabriques castillos en el aire. Te has creído un plagio digno de la historia, y eso es falso. No has firmado ochenta y tantas novelas ajenas como Dumas, ni aprovechado el genio de los novelistas pobres, como Balzac. Tus robos son vergonzantes. Tienes la estupidez de apropiarte las monedas falsas y los mendrugos enmohecidos. Eres un idiota.

Te levantas un día de malhumor, y en vez de ponerte á trabajar, cortas una novela de Zola, la das á traducir, y la envías con tu pseudónimo á un semanario de caricaturas. Te nombran para pronunciar una poesía en una velada fúnebre, y como los versos y los versistas te fastidian, robas una poesía á Fernández y González. Quieres dormir después de un baile y haces que tu secretario te traduzca una ó dos historietas de Mendés. Publíquense, autorizadas por alguno de tus pseudónimos, y sin saberlo, te encuentras convertido en el autor de alguna historia escandalosa, que nunca habrías escrito ni firmado porque te sabes respetar bastante. Dos vueltas más de wals por la noche, una correría matinal por el Bosque, los ojos de una señora ó la cita de un amigo, te han decidido á cometer los plagios que te

echo en cara. Hace pocas semanas se publicó en la *Libertad* un largo artículo sobre el drama «O Locura ó Santidad,» de Echegaray. El autor de esa crítica es un literato cubano, D. José Román Leal, quien hace tiempo la dió á luz en un diario de la Habana. Pues bien, hará apenas cuatro años, cuando empezabas tu carrera literaria, publicaste ese mismo estudio con tu firma en el *Federalista*. Los lectores curiosos pueden buscarlo en la colección de ese periódico, y confrontarlo en seguida con el de Román Leal.

Es casi el mismo. Las ideas, el plan, y hasta gran parte de las palabras mismas son plagiadas. Si no fuera tan largo y tan pesado, lo copiaría íntegro para confundirte. Basta para mi propósito que los curiosos recurran á la Biblioteca y comparen ambas críticas. Verdad es, que tu pusiste en ese artículo algunas frases de Víctor Hugo y otras tuyas. No te empeñes en conservarlas porque son malísimas. La última frase, sobre todo, es nauseabunda.

Yo esperé que algún amigo periodista te echara al rostro semejante plagio. Nadie lo dijo, aunque ahora todos te dirán que ya habían caído en cuenta, y yo, por ende, me creo obligado en conciencia á reprenderte. Tú plagias con descaro, porque quieres escribir más de lo que humanamente puedes, porque vas á todos los bailes, á todos los teatros, á todos los paseos, sin que te quede tiempo para nada, y porque tienes en muy poco á tus lectores. ¿Piensas que no conocen el secreto de tu laboratorio? Te equivocas. Aquí estoy armado de punta en blanco, y pronto á seguir lanzándote zetas, luego que haga memoria de otros plagios.

Resumamos: dos artículos más ó menos robados á Zola, un cuento de Mendés, una estrofa de Fernández y González y una crítica enorme de Leal, son cinco. De los trescientos sesenta y cinco artículos anuales te quedan todavía trescientos sesenta. Y advierte que te cargo á la cuenta de este año, lo que escribías el año de 77, cuando pensabas en hacer poesías y usabas un saco de terciopelo negro. Soy muy compasivo.

Tuyo siempre.

